

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID. Trimestr. 10 rs. Año. . . . 40 »

PROVINCIAS. Trimestr. 12 rs. Año. . . . 40 »

LA IBERIA,

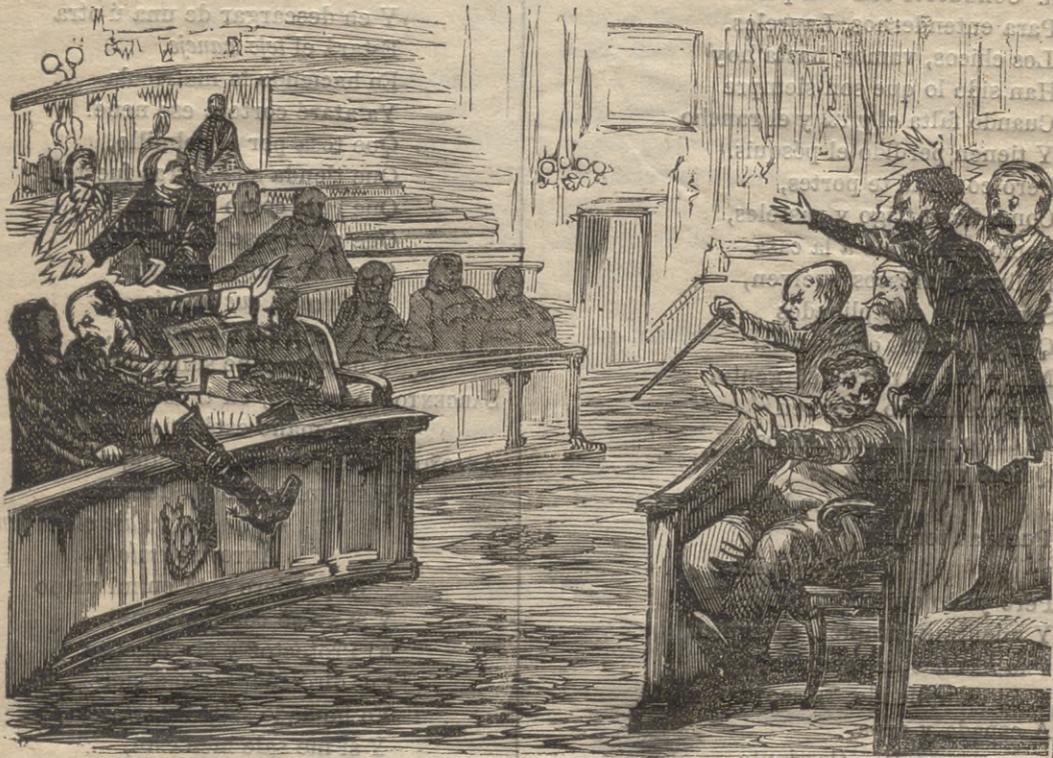
DIARIO LIBERAL.

EDICION SATÍRICA.

Sale a luz, con caricaturas, todos los lunes.

PRECIO DE SUSCRICION

los suscritores de las ediciones grandes y pequeñas de LA IBERIA, pasado el mes de enero, 6 reales el trimestre en Madrid. 8 reales el trimestre en Provincias.



Los antiguos disidentes ofreciéndose á O'Donnell, en cambio de la entrada de Pastor Diaz como repartidor de la Gracia.

El Protector y el sargento Laureles.

EL SARGENTO. Ya sabes como las gasto; Soy el sargento Laureles.

Con que di, en plata ó en oro, ¿Protejes ó no protejes? Ya sabes que esto se acaba; Que dentro de algunos meses Mueve Antoñito los bártulos, Y tú vuelves, ó no vuelves.

EL PROTECTOR. Con escándalo de oírte, Con rábía de acometerte, Voy á escuchar tus razones Antes de comprometerme. Yo valgo lo que tú sabes; Yo enfadado, soy muy terne; Yo escupo por el colmillo, Yo soy coco de las gentes, Y con mis membrudos brazos Soy capaz...

SARGENTO. No hay que perderse, Que hoy quiero conciliacion. No ignoro cuál es tu temple, Y no queriendo reñir Vamos á lo que conviene.

Dime pronto, cuántos son Y lo que valen tus gentes, Contestando á mi pregunta, ¿Protejes ó no protejes?

PROTECTOR. Hasta aquí mi gente toda Descarriada ó indolente, Ni ha obedecido mis órdenes Ni ha mostrado lo que quiere. Como bando desbandado, Hoy se vá aquel, y viene este: Uno no pisa la casa, Otro á la lista no viene, Aquel parece gotoso, Todos mudos, mucho enclenque; Pero ellos dicen que sirven, Y te confieso que hoy pueden En el apuro que te hallas Ser buenos para el banquete. Tengo para la marina Jefes de escuadra y grumetes, Hacendistas consumados, Diplomáticos corteses, Gobernadores pasados, Gobernadores en ciernes, Gente talluda de toga

Que apurará hasta las heces
El cáliz del sacrificio
Si hay que apurar.

SARGENTO. ¿Tanto bebe?

PROTECTOR. De sacrificios hablamos.

SARGENTO. Por supuesto: ya se entiende.
Pero si indisciplinada
Se encuentra toda tu gente,
Al prepararla al combate
¿Qué servicio podrá hacerme?

PROTECTOR. Conducete con más pulso
Para entendernos, Laureles.
Los chicos, vamos, hasta hoy
Han sido lo que son siempre
Cuando falta el *prest* y el rancho
Y tienen perdido el pésquis.
Pero como tú te portes,
Como haya trigo y pasteles,
Como sepan que á la casa
Rollizos y frescos vuelven,
Serán más disciplinados
Que los suizos que tienes:
Mas yo te advierto, sargento,
Que crédito no merecen
Ni tus obras ni tus dichos:
Quiero prendas.

SARGENTO. ¿Prendas quieres?
Pues las tendrás.

PROTECTOR. Eso quiero,
Pero yo lo quiero en breve.
Y mientras cumples, **BENÉVOLO**
Y NO MÁS has de tenerme;
Y en cumpliendo, **TE PROTEJO**
A espada y capa.

SARGENTO. Corriente.

ANTOÑITO. No hay más que hablar... ¿Antoñito?

ANTOÑITO. ¿Qué es lo que mandas, mi jefe?

SARGENTO. Toca el rabel, pasa lista,
Admite luego esa gente,
Dí que la den lo que pida...

ANTOÑITO. Pero despues, ¿vuelve?

SARGENTO. Vuelve.
Y anuncia luego al cotarro
Que el verdinegro protege.

ANTOÑITO. Y aquellos que preparados
Están para acometerme,
¿Les doy mulé?

SARGENTO. ¿Qué pregunta!
Consulta á tu antiguo jefe,
Él te dará unas lecciones.

ANTOÑITO. Las tomé antes de meterme
En este fregado.

SARGENTO. Entonces...

ANTOÑITO. Comprendido: guerra á muerte.

(Entretanto el PROTECTOR ha estado tendido en un escano, como Sultan á quien van á pedir que perdone la vida á un negro, que le tropezó al descorrer la cortina para que pasara. Tiende despues los brazos como en actitud de ejercicio de gimnasia; se convence del estado de su musculatura, y levantándose, dice con aire desdenoso al sargento:)

PROTECTOR. Hasta aquí hablé de los otros,
Ahora á la postdata atiende.
Entre uno que es protegido
Y entre el otro que protege,

Aquel es subordinado,
Pero el que le manda, es este.
Me despido protector,
Vendré á verte siendo jefe.

(El PROTECTOR se ausenta: al sargento se le atragantan las últimas palabras; pero ANTOÑITO, que le ve preocupado, acude en su ayuda diciendo:)

ANTOÑITO. No hagas caso de palabras:
Tengo en la diestra el rebenque,
Y en la izquierda algunas barras
Del de Gijona escelente;
Y en descargar de una ú otra
Estará el teje maneje.
En haciendo la matricula
Ya ataré corto á ese nene.
Que tosa por el colmillo,
Que tienda sus garras fuertes,
Que ruja como un leon,
Que grite y se desespere,
Que como diga una vez
En la casa, que protege,
Yo le ajustaré la cuenta,
Y despues que sume y reste.

SARGENTO. Antoñito, en ti confio:
En tu mano está mi suerte.

ANTOÑITO. Véte, sargento, tranquilo
Y sin más zozobra duerme.

(Váse el sargento.)

ANTOÑITO (solo).

El pandero está en mi mano
Y si yo sé componerme,
Al Protector y al sargento
Les diré cuántas son siete.
Yo he dado saltos mortales
Y si me sale bien este,
Al Protector y al sargento.
Esplicaré lo de... jefe.

Nota.—se advierte al lector
Que esta escena pasó el viernes:
En el terreno unionista
Los rios su curso tuercen,
Y lo que el viernes fué blanco
El sábado ha sido verde.

La última semana.

I.

Si viviéras aún, ¡ilustre Figaro! comprometido te verias para encerrar tu cáustica y acertada crítica en breves líneas, al ocuparte de las peripecias políticas ocurridas en el trascurso de doce dias. Calcúlese cuál será nuestro apuro en este momento.

En ese plazo, una votacion numerosa de confianza á un Gabinete, le dió por resultado la tumba. Hay mayorias cuyos votos producen el mismo efecto que los abrazos del general O'Donnell.

El rostro de este flamante duque ha sufrido en tan corto plazo más mudanzas que las vueltas de su casaca, estrenada el año 23 en Búrgos al paso de Angulema, remendada en 33, vuelta á remendar en 40, trasformada en 41, cepillada en 43, renovados los entorchados de oro en Cuba, arrugada en el escondite de la calle de la Ballesta, resucitada en el Campo de

Guardias, enrojecida en Vicálvaro, trasformada en Manzanares, adicionada con frutos revolucionarios en Madrid en el 54, ennegrecida en 56, tornasolada en 58, y con todos los colores del arco-iris en 63.

Ved, pues, ese rostro flamante durante la votacion, cadavérico á las pocas horas, restaurado á los tres dias, y despues, con los mismos colores que al presente reúne su casaca.

II.

A Rey muerto, Rey puesto.—A ministerio caído, ministerio levantado.

O'Donnell dió sepultura á uno y nacimiento á otro.

Se presenta en el Senado y dice, que él es quien es: que será el mismo... Y Calderon se levanta exclamando: «Entonces, cuenta conmigo.» (Aparte.— «¿Por qué me habrá abandonado este hombre? Siendo el mismo, no puede pasar sin mí: él me llamará.») (Desde entonces está esperando en casa: el uniforme está preparado: la corbata blanca dispuesta.)

«Vá al Congreso. Yo soy bien conocido; quiero la conciliacion; por eso veis lo que me rodea.»

Pastor Diaz esclama: «Por mis nos al ministerio estoy aquí. Ya podeis calcular la vida que espera á este Gabinete, cuando viene á vivificarle un cadáver escapado del cementerio, sin licencia del sepulturero.»

Vega Armijo, á guisa de galan jóven que desea hacer su debut, se levanta, y más hueco que portugués con novia, se dirige á las oposiciones y las reta á que prueben sus fuerzas. Si no se hizo entender en lo demás, quiso significar este problema: «Ya todos somos unos; estamos unidos: Mon se contenta; Posada nos adora, y ya se verá cómo sale con su embajada. Canovitas, si no me mira derecho, es por ilusion de óptica; pero le protegeré y será mio. Rios Rosas nos vá á abrazar; estamos á partir un piñon: de los resellados no hay que hablar; eso, por sabido se calla. Vamos á estar como el pez en el agua, y el señor Olózaga se encargará de hacer mi reputacion.»

Posada dice: «que su salud es mala, que en el ministerio suyo todos pensaban lo mismo, y sus compañeros, uniformemente han apoyado su política; que se vá á formar un partido nacional, y por eso se echa fuera.»

(Con esta declaracion, hay que mandarle á tomar aires á París.)

Negrete añade: «que el barco hacia agua, y como tiene horror á ese líquido, se echó fuera para vivir en su elemento.»

Rios Rosas se muestra entusiasmado con Pastor Diaz, y pronuncia las frases del gran protectorado dirigiéndose al ministerio: «Por hoy, benevolencia; mañana, tal vez proteccion completa.—Además,—prosigue,—nosotros (mirando á su gente) hemos pasado por los puestos oficiales, entrando con el pecho desnudo, y hemos salido tan hondos y morondos como entramos.»

(Su hermano Pancho, que estaba embobado oyéndole, echó el lente á su gaban y dijo para su ídem:—«Si hoy no puedo protestar por hallarme de negligé, yo te daré un mentís como una casa.»—A los tres dias le vimos de toga

y no cabian en su pecho las cruces que llevaba. Ya explicará eso su hermano cuando le venga bien.)

III.

Entretanto, Posada sigue mirando al Pirineo; Mon y los suyos se arremolinan; Cánovas se atufa al ver estirar el brazo á su antiguo padrino Rios, y le parece ofensiva la arrogancia del galancito jóven, á quien quiere cada vez más entrañablemente; los resellados se preguntan quién será, al fin, su nuevo amo; Luxán parece que está en Bábía, y hasta se olvida de su arete; Serrano dice: «¡y yo que creía que tenia que mandar á negros!» Salaverria pregunta que á quién paga; Pastor Diaz huye del banco, como gato escaldado; y el Gran Cristiano piensa en una nueva evolucion. Este barba de la compañía está estudiando su papel; pero como no tiene á mano la gramática, se desconfia de su correcto desempeño, ensaya en casa, y se presenta, al fin, en escena el sábado.

IV.

La funcion es de gran espectáculo: los billetes están tomados con anticipacion: el calor abrasa á los espectadores; pero algunos actores firitan de frío.

Rivero al empezar enseña dos programas: el primer actor de carácter anciano rechaza el uno, ya que no puede rechazar los dos, y se resigna á desempeñar el papel que le toca en el otro, como don Simplicio se resignó á renunciar la mano de Leonor. Comienza el diálogo:

RIVERO. Ya que estais reconciliados, decidme; ¿quién se ha pasado á quién? Puesto que Rios proteje, vos, O'Donnell, sois el protegido.

Pastor Diaz anunció una marcha nueva: este es el eco de Rios; luego vos os habeis pasado con armas y bagajes al que os declaró impotentes; al que dijo que erais una negacion, al que llamó una coleccion de ceros á la mayoría. Contestadme vos, primer actor, ó sinó, el galan jóven que nos dió por hecha la conciliacion.

O'DONNELL. Pero la diferencia entre nosotros es pequeña. (El público se rie: O'Donnell no comprende que asesina la lengua castellana, y ni siquiera acierta á explicar los rumores. Cree que las pícaras oposiciones son con él intolerantes. Hay que compadecerle, porque el infeliz no alcanza más.)

Rios. Aun no he pasado del periodo de la benevolencia: yo protegeré, si la cosa marcha como han ofrecido; sinó...

O'DONNELL. Yo no admito protectores... (Carcajada general. El público comprende que la conciliacion se insinúa.)

La union liberal gobierna: la mayoría es de union liberal: yo siempre soy el mismo, y por eso no me abandonarán los que me han apoyado.

MON. Yo no sé lo que es la union liberal. Soy conservador á secas; y, por si acaso, ahí vá mi programa.

O'DONNELL. Lo del programa hoy, es sospechoso. ¿Me vais á suplantar? No esperaba yo eso de quien ha chupado la melona con la union liberal cuatro años y medio, y ahora sale con la embajada de que no sabe quién le ha llenado la andorga.

POSADA. Yo no habia pensado hablar; pero al oír lo de la embajada, presento mi coram bobis: yo apoyo

al Gobierno, y no me he callado porque no dijerais que al oler un cadáver y al adivinar que mi antiguo hueco estaba vacante, quería ocuparlo. Sed prudentes; cuidado con la proteccion del que me maltrataba; decidme: «la del humo;» y si os estimais, mandadme con viento fresco del otro lado [del Pirineo. Allí os arreglaré los bártulos. —Hé dicho.

CANOVAS. Yo no estoy conciliado con lo que veo ni con lo que oigo. Yo me voy donde no esté el protector: y ¡ay del que olvide al que fué el aquel de Manzanares!

(Los resellados miran á todos lados: no saben quién triunfará, y temiendo ser indiscretos, callan como muertos. Han oido hablar de consecuencia, de dignidad, de dimisiones, y dicen: «Eso no vá con nosotros.» Al fin, la sombra de Pastor Diaz se agita en su banco; vá á hablar: escuchadle atentos: vá á decir una gran cosa: ¡Atencion! ¡atencion!)

PASTOR DIAZ. Yo tengo el valor de mis opiniones y de mi palabra: ya lo sabeis. (El público: ¡Adelante, adelante!) Quiero hablar, tengo necesidad de hablar, es preciso que hable. (Varias voces: ¡Sí, sí: lo esperamos!) ¡Lo esperais! Ya lo sé: pues digo... que no digo nada. —Hé dicho.

LA CONCILIACION.



—Pega á prisa, muchacho, que el tiempo urge. Pega á prisa... á prisa... á prisa... á prisa.

Revista de Madrid al uso del día.

Todos los hombres somos iguales, á escepcion de los que tienen cuatro piés ó dos cabezas.

A éstos se les conoce y distingue cómo creaciones fenomenales.

La sociedad es un fenómeno.

Y algunos hombres dos.

¡Siempre los hombres!

¡Nada más raro que el hombre!

¡Pues y la mujer?

V.

Se alborota el cotarro: el galán jóven, que traía su papel al dedillo, vé que se han introducido alteraciones en la acción, y se mete entre cortinas volviendo la espalda al público sin atreverse á recitar su monólogo; se cubre la cara, y hace bien, porque la luz le daña: su cabildeo ha hecho fiasco: el barba le mira de reojo: los que se le vendían como amigos, le chichean: el público silba; pero el niño Aguirre de Tejada dice «esta es la mia,» y empieza á recitar una relacion de ciego; pero como nadie le escucha y se dá por terminada la funcion, endilga su arenga y la vá recitando por el camino hasta llegar á su casa: el epilogo lo pronuncia ante su criado, que entusiasmado le aplaude, creyéndole un sábio. El mocito toma la pluma, lo escribe con puntos y comas, y se lo envia á *El Constitucional*, diciendo al periódico que él no ha de ser menos que Abellan, que pronuncia sus discursos en aquel papel.

La conciliacion está hecha: la mayoría, unida como un solo hombre. ¡Oh poder de las doctrinas y los principios!

Apaga y vámonos.

Los nuevos epitaños, para el número siguiente.

Si te descuidas, se pierde el valor del engrudo.

La mujer: ese sér que reasume todos nuestros placeres, y encierra todos nuestros tormentos.

El hombre se lanza en el proceloso mar de la vida, siguiendo el rumbo de un bajel que le conduzca al puerto de la felicidad. Si en medio de las tempestades de la passion llega á abordar el bajel que ha de conducirle al puerto seguro, se ha salvado.

Porque la mujer, que es en las oleadas del mundo el bajel que sobrenada con más resistencia, tiene mucho de paracaidas.

Sabido es cuánto valor tiene este mueble, preciso para los aerónautas.

Seguramente, Elisa Garnerin no hubiera infortunadamente perecido en los tejados de la calle de Hortaleza, si en su imprevista desgracia hubiese tenido tiempo para desplegar el de su incendiado globo.

Y sin embargo, no encontró en el espacio la mano de un hombre que la salvase de la muerte. ¡Qué impotente es el hombre! Cuando lo considero, se dobléga involuntariamente mi

cabeza, como las ramas de un sáuce se inclinan á los soplos del aquilon.

Y sin embargo, no pocas veces las generaciones han puesto su mirada atrevida más allá de donde lo permitia su pequeñez.

¡¡¡Pobre corazon humano!!!! Así son los hombres, así es el mundo, así es la sociedad, y así ó muy parecidamente se escriben *Revistas de Madrid*.

O'Donnell ofrece en la estacion del ferro-carril la cartera de Estado á Serrano.



O'DONNELL. O'acepta, o'embárcate.

SERRANO. Pero no es puñalada de picaro. Déjame que me quite el polvo del camino y que pueda reflexionar.

O'DONNELL. No está el horno para bollos. La cartera está empolvada ya tambien; pero no temas, que en el Congreso te sacudirán el polvo.

SERRANO. ¿Y mi residencia?

O'DONNELL. Si tú y yo hubiéramos andado reparando en pelillos, ni seríamos generales, ni duques, ni grandes, ni...

SERRANO. Esos son argumentos *ad hominem*.

O'DONNELL. ¿Sabes latin? ¡Qué gran ministro de Estado!

SERRANO. En esa parte, ya lo sabes; yo sirvo lo mismo para un fregado que para un barrido.

O'DONNELL. Dios nos cria, y nosotros nos juntamos. Eres un digno sucesor de Calderon. Toma mi brazo, y vamos á comunicárselo á Luisito.

FORMACION DEL MINISTERIO.

LOS PERIÓDICOS MINISTERIALES.

La formacion del nuevo ministerio ha causado gran júbilo.

EL PÚBLICO ESPAÑOL.

En España ha alarmado, ha agitado, ha entristecido...

LAS CORRESPONDENCIAS DE PARIS.

Pero á quien causa júbilo es á Francia.

UN OBSERVADOR.

Mucho alegría á la gente del resello la modificacion.

UN CÁNDIDO.

Pues si Serrano triunfa en ella de Prim, ¿qué han conseguido?

El OBSERVADOR.

Seguir, aunque vencidos, empleados.

UN QUIDAM.

Los disidentes se unen al Gobierno.

OTRO IDEM.

¿Es que el Gobierno su sistema adopta?

EL PRIMERO.

Mantiene los proyectos de Posada.

EL SEGUNDO.

Pues entonces...

EL PRIMERO.

Acepta sus personas.

El señor Quintero y la tabla rasa.—Ventajas de dedicarse á la lectura de anuncios.

El *Diario de Avisos* ha hecho últimamente su profesion de fé, declarando que es una tabla rasa,—son sus palabras,—donde cada cual puede publicar lo que crea oportuno, previo el pago de su importe.

Es decir, que el periódico donde hacen sus ensayos literarios las amas de cria, que tiene en sus columnas más cruces que un cementerio ó que el pecho de un sábio numismático, á la manera de cierto don Basilio, muy parecido al del *Barbero de Sevilla*, declarándose *tabla rasa*, viene á ser una segunda edicion del alma, segun la definia Aristóteles: *Tanquam tabula rasa*.

Esta declaracion se la ha arrancado el señor Quintero,—¿saben Vds. quién es el señor Quintero?—negándose á satisfacer el importe de un comunicado, en que se defendia de ciertos cargos que se le hacian por el director de un colegio de esta córte.

El señor Quintero, viéndose maltratado en la trascendental cuestion, acudió á los tribunales, mientras en la *tabla rasa* apreciaban estos *desinteresados* y elegantes versos:

Posdata: El señor Quintero
Creyendo hacernos perjuicio
Ya' nos ha citado á juicio,
Pero no trajo el dinero.
Madrid veinte y dos de enero.

Ya empezaba á interesarnos tan singular polémica, cuando *La Competente*, que en todo trata, trató de interponer su influencia, y poniéndose entre los irritados combatientes, logró calmarlos, dándonos la fáusta nueva de la *honrosa* terminacion que para ambas partes habia tenido la enojosa polémica.

Con efecto, el señor Quintero habia concluido por donde debió empezar, pagando el importe de su comunicado, y la *tabla rasa*, cambiando por su parte todo su rencor en mansedumbre, declaró el viernes «que no habia querido lastimar la buena reputacion y fama del señor Quintero, de cuya delicadeza, etc., etc., estaba altamente satisfecha.»

Así ha terminado una cuestion, que aunque parecia de ochavos era de honra, y que con las colosales proporciones que iba tomando, empezaba ya á conmover á Europa, como la habia conmovido pocos dias antes la caida de Calderon.

¡Y luego se dirá que de la discusion no brota el pago de los comunicados!

Y á propósito del *Diario* ó de la *tabla rasa*, hemos oido referir una curiosa anecdota en la cual figura como héroe cierto jóven estudiante, hoy rico y feliz á consecuencia de haberse dedicado á la lectura de anuncios.

Hace ya tiempo que, bajo un epigrafe muy significativo, se habia anunciado el *estravio de una perrita jóven con diez y seis cascabeles*, ofreciendo al que le presentase, á más de una buena gratificacion, un billete de loteria.

Este rasgo elocuente de amor perruno, se quedó grabado en el alma de nuestro jóven, y una tarde en que se paseaba distraido, llamó su atencion un ruido de cascabeles. Volvió la cara, y creyendo tropezar con algun arlequin de la *union*, vió la más linda

perrita que ustedes pueden imaginarse. Se acercó á ella, y despues de acariciarla y ofrecerla un piloncito de azúcar que llevaba en el bolsillo, contó los cascabeles, y al convenirse que eran los diez y seis de que hablaba el anuncio, se llevó en brazos la perrita, colocándola á los piés de su cama, como si presintiera que aquel hallazgo le habia de dar la felicidad.

Toda la noche se le pasó sin poder reconciliar el sueño: se levantó temprano, se puso su mejor traje, y se presentó en la casa que indicaba el anuncio. Allí se encontró con una encantadora señorita que llorando de alegría dió cien besos á la perrita, á quien llamaba *Cleopatra*; y haciendo sonar el timbre, mandó á un criado que entregara al salvador de su favorita 1,000 reales y el billete de loteria.

Quince dias despues, nuestro jóven habia cobrado en una administracion de loterias 25,000 pesos, y al mes era ya el dueño legitimo de la linda perrita de los diez y seis cascabeles, y esposo de la caprichosa señorita que compartió con él el amor profundo que profesaba á *Cleopatra*.

Este hecho novelesco viene á servir de contrapeso á la cuestion del señor Quintero, y á probar lo fecundos que suelen ser en resultados los anuncios de la *tabla rasa*.

LA EMBAJADA.

Posada pide á la union
Que le dé en Paris posada,
Y aunque el *gran* Napoleon
Le suelte una bofetada,
No ha de dejar la embajada
Por tan sencilla razon.

El probará con su argucia
Que es una imperial caricia,
Y que ni duele ni ensucia;
Que si hay ofensa es ficticia,
Y que la gente patricia
Nunca comprende su astucia.

Ex-ministro de la union,
Desecha ya tu mortaja;
Alienta tu corazon
Y no te quedes sin raja:
Pues ¿quién al sepulcro baja
Sin la barra de turrón?

Que hasta los muertos
En la union servil,
Para estar callados
Tienen que engullir.

No temas que en tus veredas
Y ausentándote de España
Se cambien en brisas ledas
Los huracanes... ¡Patraña!
La union tus odios entraña;
Se irá tu sombra, pero tú te quedas.

El celoso extremeño.

Cierto celoso extremeño, presumiendo (y por cierto con motivo), que un galan entraba por el jardin á visitar á su mujer, compró un magnífico perro, una verdadera fiera, para que guardase el jardin.

El perro parecia cumplir su obligacion hasta con esce-

so; al menor ruido ladraba, á cuantos se acercaban mercedia, y faltó poco para que devorase al celoso... Pero cuando llegó el galán no ladró ni le mordió, sino que le acarició lamiéndole las manos, porque el galán era su antiguo amo, que le había vendido.

No cuenten Vds. este cuento á Gobiernos que para conservar la fidelidad de los pueblos, no procuran que los pueblos les amen, sino que toman precauciones contra su disgusto, apoyándose en fuerzas y vigilancias que solo faltan cuando se las necesita.

Alelukyas.

Para que no nos arguyas de mala intencion, lector, sabe que estas alelukyas ni son nuestras ni son tuyas; son... del correo interior.

Por su conducto llegaron á nuestro poder... y cuenta que porque nada costaron (por esto no mas) se enviaron rápidamente á la imprenta.

Y sin cambiar punto ó coma, pues lo escrito escrito está lo mismo en Madrid que en Roma, las damos á luz... por broma con su epigrafe de

¡¡AHÍ VÁ!!

Tiene la villa del oso,
—sépalo el país entero,—
un mandarin muy donoso:
como elegante, famoso;
como gobernante, un cero (1).

Senador, gobernador,
y alcalde-correidor.

Es duque además... ¡qué ciencia!
cuatro veces escelencia.

Con tales dotes y títulos,
¿quién ha de formar capítulos?

Ciencia infusa, prodigiosa,
que dá la pública cosa;

Pues solo un hombre, entre ócios,
despacha tantos negocios.

Para aplicar bien la ley
se vá á caza con el Rey.

Y entre perdiz y conejo
resuelve lo del Concejo.

Vá al Senado, aunque no chista,
por no faltar á la lista.

Y vá y viene, y viene y vá,
y en todas partes está.

Mas en todas, y no en una;
¿será que no está en ninguna?

Por esto espantado grito:
¿El duque es brujo? ¿es un mito?

(1) Esto del cero, solo podemos explicárnoslo por la fuerza del consonante.

¿Cómo al par, sin ser un Argos,
ejerce tan altos cargos?

Y es que prepondera aquí
la razon de porque sí.

¿Dónde tu saber, tu instinto?...
Apunta, Pájaro-pinto.

Mas para que el bien barruntes,
¿te bastan esos apuntes?

Escucha, duque del alma:
serás mártir, mas sin palma.

Senador, gobernador,
alcalde-correidor.

Duque por añadidura...
¡ay! tu mal no tiene cura.

Hay en la villa del oso,
—sépalo el país entero,—
un mandarin muy donoso:
como elegante, famoso;
como gobernante, un cero.

Quando oimos decir á los ministeriales que, á pesar de todo lo que sucede, el país está contento con el Gobierno, porque no se opone al desarrollo de los intereses materiales; porque deja cantar el himno de Riego; porque no hace cerrar las tabernas temprano, y porque deja hablar libremente en los cafés, nos parece que tratan al país como cierto sugeto á un amigo suyo, de quien decía: «Es cierto que su esposa le adorna como Mesalina á Claudio, y que él lo sabe; pero está contento con ella, porque no se opone á que él, trabajando, gane dinero que ella gasta en galas, porque le permite cantar, y ni le araña ni le pega, sino una ó dos veces al año, ni manifiesta deseos de levantarle la tapa de los sesos.»

Que la union, á liberal
Desde servil ha ascendido,
Nos dicen los que han perdido
Todo sentido moral.

Porque á un resellado alojé
Y á un disidente dé amparo,
¿Tendrá en conjugar reparo
El verbo que nos recoge?

Que es Pastor un Montesquieu,
Dijo un unionista ufano;
¿Montesquieu junto á Serrano
Y junto á O'Donnell! ¡Mon Dieu!

Si por la ley tus pisadas
Quieres guiar, Nicomedes,
Desandar la senda puedes
Porque son triunfos espadas.

Querer que tenga virtud
Semejante engendro... en vano;
Luxán le tendió la mano,
Le hizo la cruz Santa Cruz.

Han empezado en el teatro del Príncipe los ensayos de la comedia del señor Rico y Amat, titulada *Vivir sobre el país*.

Muchos resellados han encargado ya billetes.

Fotografía en uso constante.



Exácta fotografía
De tanto insigne varón,
Decir un nombre, sería
Como quitar la razón
A cuantos digan: «¡es mial!»

En *El Agente*, nuevo periódico literario que tiende á proteger los intereses de los actores, leemos las siguientes líneas á propósito de la comedia del señor Marco *El Sol de invierno*:

«Tipos bien acabados, diálogo fácil y correcto, chistes de gran oportunidad; todas estas condiciones reúne la obra del autor de *La culebra en el pecho*.»

Apaga y vámonos.

Efectos de la gimnasia.



Débil por naturaleza,
Mis piernas eran dos hilos;
Más gracias á la gimnasia,
Me encuentro robustecido.

Que hay muchos hombres políticos en España que quieren ser ministros, es indudable.

Que el general O'Donnell no ha podido separarse de algunos de sus compañeros por no encontrar quien quisiera sustituirlos, es sabido.

Deduzca el público de esto, cómo estará el manjar ministerial cuando los hambrientos no le quieren comer.

Un diario de Zaragoza dice que se alegra sobremanera de que haya quedado en el ministerio el joven señor Salaverria. El señor Salaverria viene á ser para el colega zaragozano una especie de cuervo que á los cincuenta años es pollo. ¡Oh juventud malograda!

—«Sin cura este pueblo está:»

Uno de Alcorcon decía;
Y otro, que su queja oía,
Esta réplica le dá:

—«Por poco Alcorcon se apura:
Su situación no es estraña:
Todos los pueblos de España
Viven llorando... y sin cura.»

DIÁLOGO. El preguntante:—Hombre, ¿Vd. que tanto ha sufrido bajo el actual Gobierno, debia pertenecer á la oposicion?

El respondente:—Precisamente porque *debo*, no pertenezco á ella.

El Gato ministro.



Siendo con todos ingrato,
De medrar hallé el registro.
Mirame, lector pacato:
De gato subí á ministro
Y ya soy ministro gato.

Reseñando un periódico ministerial, muy leído entre los parientes del director, la reunion celebrada últimamente en los salones de la señora marquesa de N... dice:

«La reunion correspondió altamente á las esperanzas de la aristocracia que se *espansaba* satisfecha....»

El sentido comun, ofendido por la ofensa que le ha hecho el ministerial, piensa *espansarse* tambien poniéndole en berlina.

Varias señoritas han manifestado deseos de escribir un comunicado, diciendo que ellas no se *espansaron* en la referida noche.

LA IBERIA SATIRICA se dá

Gratis por todo el año á los que satisfagan la anualidad de LA IBERIA grande antes de terminar el mes de enero de 1863.

Gratis por todo el año á los que adelantando un semestre de LA IBERIA grande, abonen además 12 rs.

Gratis por un trimestre á los suscritores de LA IBERIA grande, de Madrid, y á los que en enero lo sean por trimestre en provincias.

Gratis por todo el año á los suscritores de las económicas, que durante el mes de enero satisfagan 46 rs., además de un semestre á cualquiera de ellas.

EDITOR RESPONSABLE, D. Inocente Ortiz y Casado.

MADRID, 1863.—Imprenta de José Rojas, Fuencarral 23, bajo.